



JOVENES EN GUAYAQUIL: DE LAS CIUDADELAS FORTALEZA A LA LIMPIEZA DEL ESPACIO PUBLICO

X. Andrade

* Antropólogo, New School for Social Research, Nueva York. Trabaja temas de renovación urbana, antropología visual y arte contemporáneo. Es profesor asociado de FLACSO-Ecuador.

** publicado en Nueva Sociedad # 200, noviembre-diciembre 2005.

Recurro a un internet café para propósitos de actualizarme profesionalmente sobre temas de antropología y arte contemporáneo. El escenario es un barrio de clase media-alta en Guayaquil, Ecuador, la ciudad más grande del país con una población que sobrepasa los 2'000.000 de habitantes. El futuro de la ciudad está marcado por un agresivo proceso de renovación urbana que empezó hace poco más de un lustro y cuyas consecuencias visibles son tan notables como aquellas que no se dejan ver. La recurrencia mediática a ciertos aspectos de la vida juvenil –particularmente la violencia entre sectores populares- funciona al ocultar, simultáneamente, su devenir como masa poblacional en una ciudad signada, ahora, por la privatización radical del espacio público. La pregunta que articula este ensayo es: cómo afecta tal privatización a la constitución de sentidos de ciudadanía entre los jóvenes guayaquileños? Intento contestarla analizando dos polos de una ecuación exclusionaria promovida por la renovación urbana: por un lado, los jóvenes de ciudadelas fortaleza, y, por otro, aquellos que ocupan los escalones menores del mercado laboral creado por la propia transformación espacial. El silenciamiento político opera en ambos frentes y el miedo es el puente que articula sus intercambios.

Artificialidad

Observo detenidamente a mis efímeros pero consuetudinarios colegas internautas, pienso en las ciudadelas fortaleza en las que han crecido entre la gente de su mismo estrato social y composición étnica, y escucho el intercambio que tienen mientras profesan, a gritos, disposiciones para ser exitosos en un juego virtual donde se escenifica la eventual aniquilación del terrorismo internacional. Aunados por los propios diseñadores de la batalla, todos mis informantes combaten a este último que, no por coincidencia, ressemble a rostros de gente de piel oscura. Todos los internautas ocupan la posición del soldado norteamericano en ataques “liberadores” que tienen lugar entre un paisaje de montañas áridas. La circulación de comandos entre ellos es sucinta: “ataca”, “aniquilálos”,

“mátalos”. “Cuidado entre ellos es sucinta: “ataca”, “aniquilálos”, “mátalos”. “Cuidado!” es el grito de moda mientras se divierten, oscilando entre el ataque verbal para disminuir la masculinidad pública de cada uno de ellos, y la risa abierta o la decepción por los objetivos logrados o fallidos. Un tono de precaución que es activado también cuando salen de la sala de juego, en el territorio de las ciudadelas de habitantes homogéneos en términos de clase y raza, separadas por muros supervigilados las 24 horas por gendarmes apostados en garitas y apoyados por cámaras de video. El caso extremo de este estilo de vida autocontenido es el de Samborondón, una ciudad satélite ubicada al frente de Guayaquil, al cruzar el amplio río Guayas a cuya orilla ambos asentamientos se extienden. Un puente une físicamente los dos polos pero también separa sociológicamente a estos jóvenes. La prensa ha dado por referirse a los que habitan en ellas como “chicos burbúja” para dar cuenta del carácter artificial de su experiencia en tanto urbanitas, la misma que crea fantasmas y enemigos, como los del play station, cuando se enfrentan eventualmente con las realidades que quedan más allá de las murallas¹.

La primera sensación que un visitante a Samborondón tiene es la de encontrarse en el primer mundo. Una amplia avenida atravieza este conglomerado urbano, convirtiendo a esos kilómetros de asfalto en la mejor infraestructura de su clase en el país. Una serie de palmeras ornamentan parterres y aceras en un intento supremo por mimetizarse con aquellos paisajes de familiaridad global que los planificadores de estos lares añoran. De hecho, las palmeras han sido elevadas —especialmente a partir de su implantación masiva como parte del lenguaje estético de la renovación urbana en Guayaquil— al nivel de íconos de progreso puesto que sirven para trazar lazos simbólicos entre estas localidades y Miami, ciudad esta última que se ha convertido desde mediados del siglo pasado en el principal referente arquitectónico tanto para los constructores privados como para los diseñadores de la renovación espacial en su conjunto. Aunque a estas alturas del debate sobre el carácter homogenizante de la globalización, vinculaciones de esta índole pudieren sonar mecánicas o simplistas, para el caso guayaquileño ellas describen literalmente a la transposición de dispositivos y/o proyectos arquitectónicos en el paisaje genérico que se ha ido creando, los mismos que, muchas de las veces, han sido diseñados por compañías norteamericanas creadoras de franjas insignes tales como la de “Coconut Grove”.

A cada lado de la avenida se han extendido, en el último decenio, decenas de ciudadelas amuralladas. A lo largo de este eje espacial centros comerciales, tiendas y restaurantes alternan con establecimientos educativos, proveyendo a las familias un entorno tendiente a ser autosuficiente. De hecho, se advierte, muchos de los adolescentes y jóvenes socializan enteramente dentro de

¹ El concepto de “urbanita” da cuenta de sujetos y formaciones sociales que se hallan insertas y/o dependen cotidianamente de las economías urbanas. Es el equivalente a “urbanite” en inglés, y no guarda relación con el de “urbanistas” en castellano, referente a quienes desempeñan tareas de planificación espacial en una ciudad. Ambos conceptos describen posiciones radicalmente diferentes en el entramado urbano, unos operan desde la experiencia cotidiana mientras que los otros lo hacen desde las instancias de ordenamiento.

estas fronteras, las de los condominios donde habitan, primero, y las de los espacios comerciales supervigilados de Samborondón, luego. Ello ha producido una sensación de extrañamiento frente a Guayaquil, ciudad que es visitada generalmente sólo en los perímetros de las zonas renovadas, aquellas que constituyen el nuevo atractivo turístico del puerto. Su experiencia citadina es, pues, esencialmente turística, la que puede tener un visitante en lugares que, habiendo sido regenerados, cuentan con guardianía privada permanente para controlar la presencia de vendedores informales y sujetos sospechosos tales como los pandilleros. En tales espacios, las disposiciones disciplinarias varían: algunas están destinadas a ordenar directamente el manejo corporal de los ciudadanos mediante prohibiciones para besarse o de sentarse en una banca, otras ordenan la conducta mediante prácticas de avergonzamiento público frente a irrupciones tales como sentarse al filo de una pileta o tocar una planta en las zonas de jardines ornamentales. Las más sutiles formas de disciplina, sin embargo, se hallan en la subordinación del espacio a la lógica comercial de las zonas renovadas, promoviendo un tránsito espectacular –esto es, de escaparate– por parte de los paseantes donde toda forma de apropiación espontánea del espacio público va siendo gradualmente abolida. En este contexto, la mirada turística de los jóvenes es aquella que ha sido construida oficialmente como la única vía posible, como lo es para el conjunto de una ciudadanía silenciosa y autocensurada respecto de los efectos perversos que guarda la renovación urbana sobre su propio carácter como ciudadanos.

La artificialidad de la presentación turística de las zonas renovadas es preservada, como en las propias ciudadelas fortaleza, mediante la supervigilancia armada de las áreas afectadas. Modelado el plan de seguridad pública de la ciudad en las estrategias diseñadas por William Bratton (asesor del Alcalde Rudolph Giuliani –cuya estancia en el gobierno local de Nueva York ha sido considerada exitosa por la disminución del crimen entre los ochentas y noventas a costa de violaciones sistemáticas de los derechos humanos, especialmente de sectores étnicos deprivados), Guayaquil ha servido como un laboratorio para radicalizarlas². De hecho, desde mediados de 2005 el gobierno central aprobó una iniciativa de la Municipalidad para la concesión del control del espacio público a compañías privadas de seguridad, expandiendo la privatización que se había hecho de las zonas renovadas hacia espacios callejeros considerados como conflictivos por sus supuestos altos índices delincuenciales. Las evaluaciones periódicas no reflejan, sin embargo, cambios cualitativos a pesar del alto costo de la operación de los guardianes privados y la asesoría externa de una compañía internacional involucrada presuntamente en adiestramiento antiguerrillero y formación de mercenarios.

El mercadeo político del miedo tuvo como secuela principal una marcha masiva para legitimar este proyecto privatizante de las calles, la misma que fuera organizada por el gobierno local, liderado

² No solamente la delincuencia común sino el tráfico de drogas fueron los ejes de la agenda Bratton (para una revisión crítica de sus impactos sobre el último, v. Andrade, Xavier et al. 1999, “Dope Sniffers in New York City: An Ethnography of Markets and Patterns of Use.” *Journal of Drug Issues* 29 (2): 271-298).

por el Alcalde neoconservador Jaime Nebot (2000-2004, reelegido hasta 2008). La consecuencia sociológica de los procesos descritos que atañe principalmente a este ensayo, sin embargo, es la incorporación de nociones hegemónicas de ciudadanía que reposan en la abolición no solo del espacio público sino también de la esfera pública. Las versiones mediáticas del proceso renovador hacen eco de la noción oficial de “autoestima” para referirse a sentidos de orgullo basados en la pertenencia a una ciudad disciplinada, comercial y emprendedora³. El Guayaquil regenerado, desde esta perspectiva, se ve como un futuro puente entre los mercados asiáticos y Sudamérica, basado en su posición de cercanía estratégica entre esta última y el resto del continente. Contrario a este espíritu globalizado, un solo tipo de ciudadanía interna es activada oficialmente: aquella que afirma la equivalencia entre derechos civiles y lugar de nacimiento. Esta concepción ha sido cobijada históricamente bajo la retórica de la “guayaquileñidad”. Las voces que aparecen en los medios desde los sectores juveniles tienden, por lo tanto, a rendir pleitecía a íconos, monumentos y discursos masculinistas y patricios que conjugan aspectos selectivos de la memoria tendientes a afianzar racionalidades muchas veces xenófobas, construidas como imágenes identitarias opuestas a las de la capital serrana, Quito, en una reedición de la rivalidad histórica entre el centro exportador y la capital administrativa.

El ethos de un proyecto político que avanza intereses corporativos vinculados a los sectores exportador y turístico, reposa en una concepción supervigilada de la ciudad. En este entorno, los “chicos burbúja” ejemplifican nuevas formas ciudadanas que habitan un espacio fragmentado, amurallado y polarizado socialmente como si se tratara de una ecología naturalmente urbana. El carácter artificial de esta experiencia ciudadana está basada en el miedo, especialmente frente a congéneres que cotidianamente son retratados por los medios como delincuentes, aquellos jóvenes de las clases populares.

Dentro del discurso sobre la delincuencia son los pandilleros juveniles los que han cobrado renovada exposición mediática a inicios de este siglo. A pesar de que no existen cifras confiables sobre la evolución del fenómeno, en Guayaquil datan como problema social de los ochentas. Voces provenientes de ONG's envueltas en promoción social, hablan de 40.000 iniciados que operarían actualmente. La gran diferencia con sus predecesores de la década pasada no recae necesariamente en la comisión de actos más violentos. Si antes los asaltos y asesinatos eran por arrebatarse sneakers, ahora lo son también por teléfonos celulares. Tampoco su supuesta vinculación con el narcotráfico actuando como ejércitos callejeros de mafias organizadas es el caso, como no lo fue antes. La gran diferencia radicaría en el mayor grado de organización interpandillera, articuladas ahora, por lo menos una parte de ellas, bajo el sistema de “naciones”. Hasta qué punto este nuevo tipo de forma-

³ Para una ampliación de la discusión y referencias cuantitativas sobre temas de renovación urbana, seguridad y limpieza sociológica en el caso guayaquileño, v. Andrade, X. 2005. “Guayaquil: Renovación urbana y Aniquilación del Espacio Público”. En Carrión, Fernando y Lisa Hanley, eds. 2005, *Regeneración y Revitalización Urbana en las Américas: Hacia un Estado Estable*, Quito: FLACSO y WWICS, pp. 147-168.

ción social opera efectivamente como una forma delincencial más sofisticada, o si es en gran parte una imagen mediática que ha sido importada como parte de la retórica de la globalización, es una indagación empírica que resta por realizarse. Lamentablemente, los escritos sobre pandillerismo en el caso ecuatoriano tienden a reproducir los clichés mediáticos sobre violencia y drogas, y el tema de las “naciones” ha pasado a engrosar tales lugares comunes.

Limpieza

En diciembre de 2004, dos jóvenes artistas fueron condenados a limpiar de los muros de Samborondón y otros lugares de la urbe, una serie de graffities que delineaban la silueta de un cerdo. Proyecto fallido de marketing para una cadena de sandwiches en septiembre del año pasado que fuera enarbolado en época de elecciones seccionales como comentario político bajo el nombre de Chanchocracia, pasó a convertirse en el motivo de una ola de histeria social sin precedentes respecto del pandillerismo. El lugar de la histeria: Samborondón. El móvil: una presunta venganza transnacional que tendría lugar entre las ciudadelas fortaleza. Sus agentes: jóvenes escolares y, sobretodo, sus padres y autoridades de instituciones educativas. Los objetos del miedo: pandilleros asociados al sistema de “naciones”. La evidencia: un correo electrónico anónimo que asociaba las siluetas de los cerditos con un código de amenazas dirigidas a reivindicar un supuesto asesinato de Latin Kings acaecido en Madrid por parte de jóvenes de la élite guayaquileña. El gatillo de la histeria: la superposición en un noticiero de televisión nacional del e-mail anónimo con imágenes de pandilleros de Latin King –junto con Los Netas, las naciones más reconocidas en el medio.

La nota más irónica de este episodio, que se prolongó durante una semana de máxima exposición mediática, es que el autor principal de las imágenes de los cerditos era un joven residente de la propia área de Samborondón, quien, además, gozaba de conexiones familiares con altas funcionarias de la Municipalidad. El Municipio, por supuesto, se pronunció tratando al caso como un acto vandálico que, sin embargo, fue manejado con explicables deferencias guardadas solamente para quienes se hallan asociados mediante lazos de parentesco. En un contexto donde el espacio público está siendo gradualmente privatizado, el control del ornato también es estricto. De ahí que figuras tan inocuas como la de los cerdos –combinadas con sentidos de seguridad pública que reposan solamente en estrategias represivas, los mismos que son traicionados por las fantasmagorías que resultan de la estigmatización de los jóvenes de los estratos populares– terminen suscitando una ola de histeria. La resolución de este evento, adicionalmente, tuvo otro resultado irónico: el acto obligatorio de limpieza de los muros por los artistas acusados de vandalismo fue cubierto mediáticamente visibilizando, al hacerlo, una tarea cotidiana que, normalmente, se halla discriminada por la propia apropiación acrítica de los medios sobre los mecanismos de la renovación urbana y sus consecuencias sociológicas. Se trata de la limpieza igualmente compulsiva que está a cargo de los obreros tercerizados para dar mantenimiento a las calles, parques y plazas renovadas.

La renovación urbana ha sido ejecutada mediante un aparato de fundaciones que actúan como extensiones paramunicipales para el diseño, la ejecución, el mantenimiento y la operación de los espacios intervenidos o bajo su influencia. Para ello, centenares de obreros han sido contratados para los trabajos de limpieza y mantenimiento. Baldosa por baldosa de las áceras renovadas, adoquín por adoquín de las plazas, bloque por bloque de los parques, son limpiados manualmente y bajo la presión de mangueras de agua. Todos ellos uniformados, trabajan en turnos y por sectores. Aunque las fundaciones subcontratan para las tareas descritas a otras compañías contratistas, generalmente estas últimas, con la venia de las primeras, contratan a obreros sin dotarles de beneficios tales como el del seguro de salud, ni tampoco de implementos mínimos de seguridad industrial. Si, por un lado, la Municipalidad se jacta de haber generado “miles y miles de puestos de trabajo” a cuenta de las obras de la renovación urbana, por otro, la mayor parte de ellas se basan en la explotación sistemática de los obreros que para ella trabajan, dejando al gobierno local y a sus fundaciones fuera de cualquier responsabilidad moral, legal y social para con los trabajadores empleados a través de mecanismos de tercerización.

Si la cara visible de la renovación es la del éxito turístico, la naturaleza y las condiciones del trabajo de centenares de obreros es, en cambio, invisibilizado, así como lo es el carácter exclusionario y de creación de fronteras del conjunto del proceso renovador. Como en otros lugares de Latinoamérica, el principal objeto de intervención en las reformas espaciales es el mercado informal. Los vendedores ambulantes son ora relocalizados (en el mejor de los casos en centros comerciales y mercados de escasa fluidez de compradores) ora directamente marginalizados y condenados a la extrema pobreza. Irrumpiendo en un sistema tradicional de aprovisionamiento basado en la economía callejera, pequeños comerciantes han sido desplazados hacia los márgenes de la renovación. En el caso de Guayaquil, discapacitados que tuvieron a cargo la distribución de lotería y el alquiler de teléfonos, fueron también excluidos no sin causar enfrentamientos entre la Municipalidad y los perjudicados. Aunque algunos de ellos han vuelto a las calles, la gran mayoría lucha por su supervivencia en las fronteras espaciales de la renovación. Muchos de estos vendedores informales son jóvenes y niños que aprenden a vivir y a resistir los embates de una ciudad amurallada o supervigilada. Si bien su mundo es espacialmente distinto al de los de las ciudadelas fortaleza, participan al igual que estos últimos de la creación de nuevos sentidos de ciudadanía movilizadas desde el poder local. La experiencia guayaquileña fue premiada por la ONU en 2004 en tanto “paradigma de desarrollo humano” como parte del Proyecto de Gobernabilidad Local del PNUD. Este es, pues, el modelo de relaciones sociales entre los jóvenes a futuro: el de la segregación espacial, el miedo, la violencia y los estigmas entre diferentes clases sociales. Así, el discurso de la “gobernabilidad local”, tan en boga en estos días, oculta una pregunta fundamental: qué sentidos de ciudadanía se van creando?

La dinámica espacial de la renovación urbana no ha generado directamente ni ciudadelas fortaleza ni “chicos burbúja”, pero sí un ambiente ideológico que utiliza al tema de la seguridad pública para trazar fronteras espaciales entre los ciudadanos. La primera es una empresa pública mientras que las segundas son enteramente privadas. Sin embargo, tanto las áreas renovadas como las ciudadelas amuralladas son producto de una concepción sobre el orden social que intenta excluir a sectores marginalizados mediante políticas abiertamente represivas. En ambos casos, son compañías privadas las que guardan el orden impuesto, el mismo que incluye códigos de etiqueta de vestir y la discriminación sistemática para el ingreso a jóvenes de estratos populares, especialmente de aquellos que son vistos, mediante arbitrarios escrutinios visuales, como sospechosos de ser pandilleros. Aunque los espacios renovados son publicitados como puntos de encuentro para los ciudadanos en general, las prácticas cotidianas de supervigilancia imponen límites a tales encuentros, los mismos que, cuando posibles, se hallan articulados por una disciplina de recorrido espacial que simula a la de los centros comerciales, solamente que, ahora, el usuario se desplaza controlado frente a patios de comidas al igual que a jardines ornamentales y pasarelas. Este es, pues, un sentido de ciudadanía que se basa en la no apropiación de los espacios públicos.

“Cultura”

Un obstáculo para el estudio de formaciones sociales juveniles es el que se deriva de la noción de “culturas juveniles”. “Cultura” es un concepto que tiende, en sí mismo, a cosificar, homogenizar y esencializar a agentes de un todo social. Para el caso que nos atañe ni los “chicos burbúja”, ni los pandilleros, ni los jóvenes de la clase trabajadora forman mundos inconexos. Ninguno de ellos se sitúa más allá de las condiciones estructurales de una sociedad que, como la ecuatoriana, sigue un devenir de mayor dependencia económica y anulación de la soberanía en el campo de las relaciones internacionales, de aplicación de fórmulas autoritarias para el control ciudadano como parte de las reformas urbanas, y de polarización social. De hecho, Ecuador es a inicios del siglo XXI, uno de los países latinoamericanos de mayores brechas entre su población: la relación de los ingresos entre los más ricos y los más pobres es de 64 veces. Es también el de las murallas, de aquellas que día a día expanden las cercas entre espacios urbanos siguiendo las líneas de separación entre clases sociales, donde se promocionan urbanizaciones cerradas para la clase media que reeditan versiones acartonadas de Nueva York y París, de la creación de paisajes arquitectónicos globales y anodinos en donde la figura de Ronald McDonald se convierte en una parada turística obligatoria, y del devenir de jóvenes separados por puentes y murallas, superviligados por guardias y videocámaras, internautas de guerras compradas. Son precisamente los muros físicos los que promueven la estigmatización de quienes son sistemáticamente aislados, fantasmas y miedos que terminan articulando el conjunto de las relaciones sociales. Solamente para el placer de los gobernantes y de los aduladores de la retórica de la “governabilidad local”. Son ejercicios de gobernabilidad del estilo descrito para el caso guayaquileño los que dan cuenta de la exacerbación de la discriminación

entre jóvenes de distintos estratos. El futuro: espacios de paisajes genéricos, fronteras espaciales, y márgenes saturados de quienes no calzan en la fotografía de postal que maquilla el conjunto de la renovación urbana.